

Mas vuelto del susto,
 Cobrando confianza,
 Del rústico juzga
 Que el dicho es patraña.
 Que para burlarse
 De su edad temprana
 Inventó el buen tío:
 Y así se abalanza
 A coger las flores
 Dando vueltas várias,
 Como mariposa
 Que de una á otra pasa
 Una violeta
 Va á coger gallardo,
 Cuando una culebra
 El águjón le clava.
 Llorando se vuelve
 El tontuelo á casa,

Dando con su ejemplo
 Lección adaptada
 A jóvenes necios
 Que su tiempo gastan
 En leer libros llenos
 De máximas malas.
 Que como las flores
 A la vista agradan
 Con hermoso estilo,
 Con frases limadas.
 Mas debajo esconden
 Sierpes enconadas,
 Que á los que se acercan
 Muerden y maltratan;
 Y al que se descuida,
 Y luego no escapa,
 QUITAN venenosas
 La vida del alma.

CAPITULO VI.

De las obligaciones de los niños para con sus padres.

Tienes, ó amado Teotimo, un Dios á quien servir una inocencia que conservar. Estas son dos obligaciones indispensables; pero aun hay otra no menos necesaria; ésta es la de honrar á los padres que te han dado la vida. Poco tendré que trabajar, sin duda, para verte á cumplir con ella: sé que lo contrario repugna tu corazón. Por consiguiente no trataré de esta importante materia, precisamente para despertar en tí los sentimientos regulares á todo hijo bien inclinado, sino para advertirte á conservarlos durante toda tu vida; porque no de temer que faltes á esta obligación por ahora, sino adelante. Demasiado comunes son los ejemplares

hijos desconocidos que por su indocilidad y desagradecimiento han llenado de amargura la vida de aquellos á quienes debían la suya. No quiero citártelos; son monstruos que horrorizan y merecen quedar sepultados en perpetuo olvido. Me debes demasiado buen concepto para creerte capaz de imitarlos. ¡Infelices! Mas te valdria haber perecido en el vientre de tu madre, que llenar su vida de amargura con una conducta indigna de un buen hijo. Acuérdate, pues, que despues de Dios á nadie debes amar y honrar tanto como á los autores de tu nacimiento. Dios ha impuesto á todos los hombres esta obligación por medio de un mandamiento expreso; pero aun cuando no lo hubiera mandado de este modo, bastaba para ejecutarlo saber que despues de Dios les debes la vida, que te han cuidado en la niñez, que te han llevado en sus brazos, han enjugado tus lágrimas, te han alimentado y criado y que continúan en velar sobre tu educación, destinando sus trabajos y sudores á prepararte un establecimiento ventajoso. Todos estos beneficios son otras tantas voces sonoras que te dan á entender que no puedes escederte en amarles, honrarles y obedecerles. Jesucristo mismo nos ha dado este ejemplo de filial obediencia. Siendo dueño de cielo y tierra, estando todo sujeto á su imperio, lo estaba él mismo, como dice el Evangelio, á José y Maria su madre, habiendo pasado los primeros treinta años de su vida en su compañía, y únicamente ocupado en obedecerles.

Isaac habia dado ya en la antigua ley un ejemplo admirable de esta obediencia filial; porque habiéndole llevado su padre Abraham á un monte para sacrificarle,

conforme á la órden que Dios le habia dado, el virtuoso hijo, luego que lo supo, se sujetó humildemente á su voluntad, y se dejó atar sobre la pira, pronto á sufrir el golpe mortal que su padre iba á darle; pero Dios no quiso que recibiese la muerte en pago de tan generosa obediencia. Contento del sacrificio de su corazón, hizo oír su voz á Abraham en el instante en que levantaba el brazo para herir aquella inocente víctima. Le prohibió sacrificarla, y en premio de su fidelidad le prometió que derramaria sus bendiciones sobre Isaac, que daría una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo, y que todas las naciones serian bendecidas de uno de sus descendientes.

Así se complace Dios en recompensar la sumision de los hijos obedientes á sus padres; cuando al contrario hace llover castigos y maldiciones sobre aquellos que faltan á esta sagrada obligacion. El ejemplo de Absalon prueba demasiadamente esta verdad. Este hijo llegó al tal extremo de indocilidad y de rebelion, que tomó las armas contra su padre con ánimo de quitarle la vida. David se opuso á sus designios con las tropas que le quedaron fieles, recomendando, con todo, al general de su ejército, que cuidase de conservar la vida de Absalon en el caso que se consiguiese alguna ventaja contra él: chocaron ambos ejércitos, y el de Absalon, aunque mas numeroso, fué derrotado enteramente: el mismo jóven príncipe se vió obligado á ponerse en salvo; pero al paso montado en una velocísima mula por debajo de un árbol muy frondoso, su cabello, que era sumamente largo, se enredó en las ramas, y siguiendo la mula adelante quedó colgado de ellas, hasta que Joab, á pesar de

órdenes de David, le atravesó con tres dardos el corazón, habiendo sin duda permitido Dios esta desobediencia del general para castigar la rebelion y la ingratitude del malvado hijo.

Por aquí podrás conocer, amado Teotimo, cuán culpado es el hijo que desobedece á sus padres, y con cuánto horror has de mirar semejante conducta; pero no debes evitar con menos cuidado todo lo que puede ser contrario al respeto que merecen: tal fué el delito de Cham, y el origen de todas sus desgracias. Este ingrato hijo tuvo el atrevimiento de burlarse de su padre, á pesar del ejemplo de sus hermanos, que se portaron con el mas profundo respeto; pero no quedó impune su delito, porque habiendo sabido Noé, luego que despertó, lo que habia sucedido, fulminó las mas terribles maldiciones contra el temerario Cham, pronosticando que se arrastraria siempre á los pies de sus hermanos; y por el contrario, bendijo para siempre á Sem y Japhet, y les prometió las mayores prosperidades. No dejó el Señor de ratificar las maldiciones y las promesas de Noé. Cham arrastró una vida miserable; oprimido de desgracias que se extendieron á toda su descendencia, al paso que sus hermanos fueron felices durante toda su vida, y dejaron su dicha en herencia á sus descendientes.

Parece que Dios continúa en el dia en guardar la misma conducta con los hombres. Rara vez prosperan los malos hijos. No solamente son el objeto del desprecio y del aborrecimiento de los hombres de bien, sino que los vemos muchas veces experimentar calamidades que son el justo castigo del poco respeto que han tenido á sus padres. Dios, al contrario, parece que se

complace en derramar á manos llenas sus bendiciones sobre los hijos dóciles y virtuosos. Procura, pues, conseguir las por medio de una conducta digna de un buen hijo, y ten presente que el que falta al respeto debido á sus padres, falta de algun modo al que debe á Dios, pues hacen sus veces respecto de nosotros.

Peró no basta obedecerlos y respetarlos: ademas es preciso amarlos tierna y sinceramente, evitar, en consecuencia, lo que pueda desagradarlos, tirar á complacerlos, consolarlos en sus aflicciones y asistirlos en sus necesidades, siempre que hayan menester socorro. Los gentiles mismos nos han dado los mas admirables ejemplos de este amor filial. Podrás conocerlo por este rasgo que se halla en la historia del Japon, en el cual, prescindiendo de la mentira de que se echó mano, y que no puede aprobarse, brilla la mayor heroicidad.

Una muger quedó viuda con tres hijos varones, y no tenia otro socorro que el que ellos la suministraban con su trabajo. Los tres eran idólatras, y viendo estos jóvenes que, ó por falta de ocasion, ó por no haberse hecho desde pequeños al trabajo, no ganaban lo suficiente tomaron la mas éstraña resolucion. Se habia publicado poco hacia un edicto, declarando que á cualquiera que prendiese á un ladron y lo presentase al magistrado, se le daria una suma considerable. Los tres hermanos aun mas afligidos de la miseria de su madre, que de la suya propia convinieron entre sí que uno de los tres haria el papel de ladron, y que los otros dos le presentarian al juez. Echan suertes para ver cuál de ellos ha de ser víctima del amor filial, cae sobre el mas jóven que se deja atar y llevar como un delincuente; tómas-

le declaracion, confiesa que ha robado, condúcese inmediatamente á la cárcel y reciben sus hermanos la prometida suma: éstos, antes de volver á su casa, hallan medio para entrar á verle en la prision, y creyendo estar solos, comienzan á abrazarle tiernamente, derramando infinitas lágrimas antes de separarse de él. El magistrado, que por casualidad estaba en parage de donde sin ser visto era testigo del lance, se admira estrordinariamente de ver á un delincuente tan estrechamente unido con los que le habian entregado á la justicia; llama inmediatamente á uno de sus dependientes, le da orden de que siga á los delatores hasta la casa donde fuesen á parar, y que no les pierda de vista hasta que esté perfectamente instruido de todo lo necesario para descifrar un suceso tan estraordinario como el que acaba de presenciar. El ministro obedece puntualmente; y hechas todas las diligencias que se le habian mandado, vuelve á decir á su superior que habiendo visto entrar á los dos hermanos en una casa, y acercándose á escuchar, les habia oido contar á su madre todo lo que acabo de decir; que la pobre muger, al oir esta noticia, prorrumpiendo en las mas lastimosas quejas, habia dicho á sus hijos que devolviesen inmediatamente el dinero recibido, porque mas queria morir de hambre que conservar la vida á costa de la de su hijo. El juez mas admirado al oir esta narracion, manda venir al preso, le toma nueva declaracion sobre los supuestos robos, y le hace varias preguntas para ver si se corta en alguna. Viendo, en fin, que todas sus respuestas concordaban perfectamente, y que era inútil su industria, le declaró lo que sabe, y le obliga con esto á confesarlo todo. Apenas le oye la verdad,

cuando pasa á hacer relacion de todo al emperador, que admirado de tan heróica accion, quiso ver á los tres hermanos, los llenó de agasajos, señaló al mas jóven mil y quinientos escudos de renta anual y quinientos á cada uno de los otros.

El pasage que voy á contar no es menos admirable que el que acabas de leer. Durante la guerra civil, que dividió á los romanos en tiempo de Augusto y Marco Antonio, Metelo y su hijo se separaron y abrazaron distintos partidos. El padre siguió á Marco Antonio y el hijo se declaró por Augusto; habiendo vencido éste primero en la batalla de Actium, Metelo fué hecho prisionero con otros muchos, y presentado con ellos á Augusto. Estaba tan desfigurado con las fatigas de la guerra y con las incomodidades de su prision, que apenas parecia el mismo; pero su hijo no le desconoció: apenas le vió, se arrojó á sus brazos, le bañó en lágrimas el rostro y temiendo que Augusto le hiciese experimentar todo el rigor de su venganza, le habló de esta manera: “Señor aquí teneis mi padre á vuestros pies; convengo desde luego en que ha merecido vuestra indignacion por haber tomado las armas contra vos; pero tambien sabeis que por mi parte merezco algun premio por haber seguido fielmente vuestras banderas: dignaos, pues, de concederme la gracia que voy á pedir. No pretendo que deis de satisfacer vuestra venganza, ni que quede impune su delito; lo único que os suplico es, que deis á mi padre el premio que á mí se me debe, y que me hagais sufrir en lugar suyo los castigos y la muerte que habia de padecer.” No fueron vanos los ruegos y las lágrimas de este buen hijo, porque Augusto, enternecido del amor

que manifestaba á su padre, aunque muy irritado contra Metelo, inmediatamente lo perdonó y le concedió la libertad.

Pudiera traer aquí otros muchos sucesos semejantes de que hace mencion la historia, pero es inútil amontonarlos. No necesito persuadirte que seria cosa indigna de un cristiano el ser tan inferior á los gentiles en el cumplimiento de tan sagrada obligacion; pues que ademas de la voz de la naturaleza, que nos habla como á ellos; tenemos el mandamiento espreso de Dios, que nos obliga á honrar á los autores de nuestro nacimiento. No es regular que te encuentres en tales circunstancias, que te veas precisado á esponer tu vida para conservar las de tus padres; como los generosos hijos de que acabamos de hablar; y por lo mismo no trato de esto; lo que quiero de tí es, que les obedezcas prontamente, que oigas sus consejos con entera docilidad, que jamas les hables sino con un profundo respeto, que te esmeres en complacerles en todo, y que evites cuidadosamente lo que pueda desagradarles.

Tal era la conducta del jóven príncipe, que perdió hace algunos años la Francia, y cuya pérdida jamas llorará bastantemente. Se resistia un dia á hacer una cosa que se le mandaba, y habiéndosele dicho que su desobediencia desagradaria quizá al fin á su padre, bastó esto solo para que venciese su repugnancia, y exclamase al instante: “que papá no se enfade, que no se enfade, que yo haré todo lo que quieran.”

Tal debe ser la conducta de todo hijo bien criado. Cualquiera que falta al respeto, á la obediencia y al amor que debe á los que le han dado el sér, no merece el tí-

tulo de cristiano ni el de hombre; debe ser mirado como un aborrecible monstruo indigno de vivir entre los hombres.

CAPITULO VII.

De las obligaciones de los niños para con aquellos que están encargados de su educacion.

Las obligaciones de un discípulo para con los que están encargados de su educacion, son, á poca diferencia las mismas que las de un hijo respecto de sus padres, pues al maestro debe considerarse como un segundo padre. Tal era el concepto en que tenia Alejandro á su preceptor Aristóteles: decia muchas veces, que no debia ser menos á éste que á Felipo su padre, pues que si éste le habia dado la vida, Aristóteles le habia enseñado á usarla bien de ella. En los mismos términos hablaba el hijo de Ciceron de su maestro Cratipo. "Sabe, escribia á uno de sus amigos, que profeso á Cratipo el mismo amor que un hijo á su padre: no solo tengo el mayor gusto de verle hablar en público, sino que miro como una de mis obligaciones el conversar particularmente con él, y pasar muchas veces dias y noches en su compañía.

Con esta misma disposicion debes, ó amado Teodoro, mirar á tus maestros. Has de considerarlos como tus bienhechores, y profesarles el amor mas sincero y mas vivo reconocimiento: seria preciso no tener corazón ó tenerlo perverso, para faltar á esta obligacion. La educacion es el mayor de todos los beneficios. Cuando

salimos de la naturaleza, somos como un pedazo de jazpe en bruto y sin forma alguna: para hacernos tales cuales debemos ser, es menester que nos dirijan, que nos instruyan y que nos ilustren; del mismo modo que para hacer una hermosa estátua es preciso que trabajen y que pulan el jazpe; y siendo así que nuestros maestros son los que nos hacen esta buena obra, inspirándonos virtudes que dan forma á nuestro corazon y comunicándonos conocimientos que ilustran nuestro entendimiento, ¿qué temor, qué reconocimiento no les debemos por tan importante beneficio? El emperador Marco Aurelio estaba tan penetrado de este agradecimiento, que se dejó llevar de él hasta un extremo muy reprehensible, como el de hacer colocar las estatuas de sus preceptores entre las de sus dioses, y sacrificar todos los años víctimas sobre sus sepulcros. Hasta los mismos animales nos han dado muchas veces ejemplos de amor y del agradecimiento que debemos á nuestros maestros. Vióse en otro tiempo en Roma un leon hambriento acariciar y defender en el anfiteatro á un esclavo que habia sido sentenciado á ser devorado por las fieras. Preguntado por el emperador, que estaba presente, la causa de un suceso tan extraordinario, declaró el esclavo, que habiendo encontrado algunos años en un bosque de Africa á aquel leon, que entonces era jóven, estropeado y que no podia andar sino arrastrando, á causa de tener una espina clavada en un pié, se determinó á sacársela, de resultas de lo cual el animal le hizo mil caricias, y con ellas le obligó, hallándose como estaba fugitivo y sin recurso, á acompañarle á su cueva, en donde se alimentó algun tiempo con la caza que el leon traia: que despues,

cansado de aquella vida silvestre, se separó del animal vino á parar al estado en que se hallaba; que el león habia conocido: y que esta era la razon de las caricias que le habia hecho y del amor con que le miraba. El emperador enternecido dió vida y libertad al esclavo, y le regaló el león.

¿Y qué es el beneficio hecho al león en comparacion de los que recibes de tus maestros? ¿Cuántas espigas y abrojos no arrancan de tu corazon? ¿Qué diligencias omiten para alimentar tu entendimiento y tu voluntad con las mas saludables máximas! ¿No serias, pues, mas insensible que los mismos animales, si correspondieses sus beneficios con la indiferencia y la ingratitud? ¿Siguiesses el ejemplo de tantos jóvenes, que apenas han acabado sus estudios, cuando se precian de desconocer y muchas veces de despreciar á aquellos que no han perdonado cuidado ni fatiga para educarlos? ¿Si hicieses, como ellos, uso de la lengua, que por decirlo así, ellos han desatado, para zaherirlos y despedazarlos? ¿Al si yo te creyera capaz de semejante vileza, no te miraría ya sino como á un infame; pues que no hay cosa mas indigna del hombre que la ingratitud, y sobre todo respecto de aquellos de quienes has recibido un beneficio tan grande como el de la educacion.

Pero no: tengo demasiado buen concepto de tí para dar entrada á una sospecha tan injuriosa á tu corazon. Me contento solamente con precaverte contra una cosa que podria entibiar el amor y reconocimiento que debes profesar á tus maestros; esta es la severidad de que quezá se verán precisados á usar contigo; porque no hay cosa mas comun que el que una ligera reprehension ha-

olvidar á los niños los mayores favores, y que irritados de la justa severidad de sus maestros, los miran mas como enemigos que como á bienhechores. Ve aquí una fábula que te dará á conocer como debes pensar en este punto, si alguna vez te hallas en semejante situacion.

FABULA VI.

La viña y el labrador.

Cierto dia una viña se quejaba
Al labrador que en ella trabajaba,
De que cortase sin reparo alguno
Los vástagos, que lejos de servirle,
Solo crecian para destruirle
Y ocupar el terreno inútilmente.

Llorábalos la pobre uno por uno
Como á hijos malogrados: é impaciente
Al labrador volviéndose decia:

“¿Por qué conmigo usar tal tirania
Si me estimas, si yo de tus sudores
Soy objeto, ¿por qué de los mejores
Renuevos, de mis vástagos lozanos
Me despojan tus brazos inhumanos?

Tú sin duda no me amas,
Pues no haces de mis lágrimas aprecio.”

El rústico prudente la responde:
“¿Qué mal tu amarga queja corresponde
A mi bondad; tú juzgas que esas ramas
Corto yo por malicia ó por desprecio;
Pues á esta operacion tan dolorosa
Tu interes solo mi cuchillo guia:
Si ese ramaje inútil no cortase,
Quedando al parecer bella y pomposa,
Te hallarias estéril algun dia
Sin poder producir frutos ni flores,
Y espuesta á que tu dueño te arrancase;
Cuando por el contrario, padeciendo
Esos breves dolores
Te encontrarás tan sana,

Tan fértil y lozana,
 Que juzgarán que Baco por su mano
 A cuidarte y librarte está atendiendo.”
*En este siml tan sencillo y llano,
 Ved, jóvenes, lo que hacen los maestros
 Que cuidan de educaros santamente:
 Si alguna vez, cual labradores diestros,
 Al parecer os tratan duramente,
 Sabed, si teneis juicio,
 Que es solo por haceros beneficio.*

Sí, amado Teotimo, está siempre seguro de que
 severidad de tus maestros no tiene otro origen que
 celo con que miran tus intereses. No se irritan con
 tí, sino contra tus defectos; desean precaver los dañ
 que esta mala semilla puede causarte en adelante si
 deja arraigar en tu alma. Llegará día en que conoze
 cuánta razon tenia para obrar de este modo; y en lug
 de estar enconado con ellos no podrás menos de ma
 tenerles tu agradecimiento, del mismo modo que el e
 fermo, cuyo suceso voy á contarte.

FABULA VII.

El Enfermo y el Cirujano.

Un sugeto tenia
 Una úlcera cruel, que le causaba
 Los mas vivos dolores: cada dia
 Emplastos á montones se aplicaba,
 Ya el blanco, ya el rosado y amarillo:
 No hubo por fin unguento
 Que no experimentase, mas en vano:
 El mal á cada instante iba en aumento:
 Se vió al cabo obligado el pobrecillo
 A llamar un famoso cirujano
 Para que, como en viña vendimiada
 Se metiese á cortar carne dañada,

Y le apartase de la Estigia (1) orilla
 Llega nuestro hombre armado de cuchilla
 Corva, de vísturis y de tijeras;
 Hace atar al paciente
 Para que no se mueva: y preparado
 Cual si mondase peras,
 Empieza á mondar carne á cada lado;
 Al principio resiste firmemente
 Al dolor, mas despues que hubo llegado
 A cortar en lo vivo, se enfurece:
 Y mirando con vista encarnizada
 Al maestro, lo llena de baldones,
 Llamándole verdugo carnicero,
 Y asesino cruel; jura y ofrece
 Tenerle ódio mortal: la comenzada
 Curacion, despreciando sus razones,
 Sigue el buen operario muy ligero:
 Acaba en fin, le venda, y ordenado
 El método á que habia de arreglarse
 Hasta estar totalmente mejorado,
 Se despide; el enfermo brevemente
 Cobra mas fuerza, y al octavo dia
 Se ve en estado ya de levantarse;
 Pónesele su bienhechor enfrente,
 Y le dice: “aquí tiene usted el tirano
 Asesino que tanto aborrecia,
 Esta es la impia mano
 Que á usted le atormentò tan duramente;
 Ahora puede vengarse fácilmente.”
 Qué venganza. Por mucho que yo hiciera,
 Dice el convalesciente agradecido,
 No era posible que correspondiera
 Al singular favor que á usted he debido;
 Usted es mi tierno amigo, y solo siento
 Los injustos baldones
 Qué dije en fuerza del dolor violento
 Que delirar me hacia.
 Si atendiendo á mis quejas infundadas
 Se hubiera usted andado en compasiones,
 En este instante ya pasado habria

(1) Los poetas suponian que habia en los infiernos una negra laguna llamada Estigia, á cuyas orillas pasaban las almas que morian; así esta frase de nuestra fábula equivale á decir le apartase de la muerte.

De Acheronte (1) las aguas enlutadas.
 Debo á usted, en fin, la vida,
 Y esta deuda preciosa en mi memoria
 Eternamente quedará esculpida.”
 Le abraza al decir esto cariñoso,
 Le premia sus fatigas generoso.
*Jóvenes, aprended en esta historia
 Lo que debeis vosotros á un celoso
 Maestro: si cumpliendo con su ofcio
 Vuestros deseos corta, y os maltrata,
 Os llenais de furor, mas algun dia
 Del prudente rigor con que ahora os trata,
 Como del mas insigne beneficio,
 Le dareis gracias llenos de alegria.*

No creas, amado Teotimo, que te engaño con suposiciones. La esperiencia demuestra todos los dias, que te acabo de decir. Vemos regularmente que aquellos que han sido tratados con mas rigor durante su niñez, son los que manifiestan mas agradecimiento á sus maestros, porque conocen que les deben tanto mas amor cuanto con mas severidad han corregido sus defectos. Preguntándole un dia al jóven duque de Borgoña, cuál de sus tres ayudas de cámara queria mas, respondió: A fulano, porque nada me disimulaba durante mi niñez, é inmediatamente daba cuenta de cualquiera falta mia para que me corrigiesen.” Acostúmbrate, pues, por ejemplo de este príncipe, á amar á los que procuran tu enmienda, aunque algunas veces te incomoden. Por regular son mas saludables las correcciones que las caricias y lisonjas. La condescendencia solo sirve para aumentar y perpetuar defectos que una prudente severidad destruiria. Esta verdad nos enseña la fábula siguiente.

(1) Acheronte, rio tambien del infierno, segun los poetas. La esperiencia en que se nombra, quiere decir, que se hubiera muerto á no ser por la fábula del cirujano.

004541

FABULA VIII.

El niño enfermo.

Un chico de su madre idolatrado
 Y por tanto un sí es no es voluntarioso,
 Con motivo de fiesta salió un dia
 Del encierro en que Apolo (1) le tenia:
 Pasó con su madre tan mimado,
 Que al remolon se le hizo muy penoso
 El volverse tan pronto á su colegio.
 Faltábale pretesto; y al instante
 Se halló en la faltriguera
 Una de aquellas indisposiciones
 Que suele padecer por privilegio,
 Para no trabajar Juan estudiante.
 De marchar llega la hora lastimera,
 Pierde el color, pondera desazones
 En todo el cuerpo; muelas y costado
 Le duelen; y aun se siente incomodado
 Del bazo. ¡El bazo á mas? ¡Ay! pobrecito!
 Aunque traga los platos con la vista,
 Se queja que ha perdido el apetito:
 La pobre madre acojorada y lista
 Sus lágrimas enjuga, y prontamente
 Manda venir los médicos á pares:
 Cada Galeno (2) acude diligente,
 Armado de recetas singulares
 Para el lance cruel: la madre tierna
 Les hace una patética pintura
 De aquella horrible enfermedad interna:
 Le pulsán y aunque no hallan calentura,
 Fruncen las cejas, hilanse los sesos
 Hablando largamente
 Del mal, de sus principios y progresos;

(1) Apolo, segun la fábula era el dios de las ciencias: así quiere decir esta espresion, que salió del colegio en que estudiaba.

(2) Galeno fué un famoso médico romano. y se da aquí por ironía su nombre á los médicos, cuya imprudente conducta y ninguna ciencia, resultan del contesto de la fábula.

Y despues de un ecsámen diligente
 Convienen en que deben manejarse
 Con tiento, y que el enfermo ha de purgarse.
 Nuestro tuno al oler la fastidiosa
 Diabólica poción que le revuelve
 Las tripas, de otro lado se les vuelve,
 Grita, se desespera y se lamenta;
 La madre á que la tome cuidadosa
 Le persuade y alienta;
 Mas viendo que el bribon se niega á todo,
 Hace traer de dulces y bizcochos
 Un azafate, á ver si de este modo
 Puede vencerlo: el pilló al ver los chochos,
 Se anima un poco; se los va zampando,
 Y al paso que los come mejorando.
 Dícelo así á su madre, que orgullosa
 Al ver de esta receta prodigiosa
 La eficacia divina,
 Luego envia á escardar la medicina:
 Arroja alegre la bebida amarga,
 Y al chiquillo de dulces lo rellena;
 El picaron se reie á boca llena
 De la buena mamá tan engañada
 Y la sabrosa enfermedad alarga.
 Nunca hubiera llegado á ser curada
 Si el padre que era un viejo marrullero,
 Y con sus hijos nada zalamero,
 No hubiera por fortuna aparecido.
 Ve, ecsamina al paciente, y en la cara
 Conoce luego la enfermedad rara,
 Que en español se llama picardia.
 De semejantes chanzas mal sufrido,
 “Señorito, le dice, salga usía
 De esa cama al instante, y á la escuela
 Marche sin detenerse, si no quiere
 Que le quede señal mientras viviere.”
 El señorito calla y obedece,
 Aunque allá adentro se condena, y vuela
 Al ver que á lo mejor se desvanece
 Su sistema tan bien imaginado:
 No tardó mucho el holgazan taimado
 En cansarse de temas y lecciones,
 Y en suspirar los dulces y roscones:
 Vuélvele á dar el accidente fiero;

Toma el padre el partido
 De apartar á la madre de la cama
 De nuestro enfermo, y en su lugar llama
 Un preceptor austero
 Que haga dar á aquel hijo tan querido
 No dulces, sino caldo fastidioso,
 Y alguna lavativa
 Para que no ande el vientre perezoso.
 En fin, le hace guardar dieta segura.
 Viendo el enfermo que de veras iba
 La fiesta, hace mudanza, se remedia
 El terrible accidente, salta fuera
 De la cama, molido y fastidiado
 De verse muerto de hambre y jaropeado,
 Y da fin, renegando á la comedia.
 Quedó la madre muy bien enterada
 De que si la bondad es demasiada,
 Del ánimo los males acrecienta
 Y que un rigor prudente los ahuyenta.

CAPITULO VIII.

De la docilidad.

No basta, amado Teotimo, tener respeto, amor y reconocimiento á los que trabajan en tu educacion; es preciso ademas ser dócil á sus consejos é instrucciones: la docilidad debe considerarse como la principal obligacion de los discípulos para con sus maestros; éstos son tus guías, y así te has de dejar gobernar por ellos. Sus luces son superiores á las tuyas, por lo que te tiene cuenta preferir sus consejos á tus propias ideas. Cuando tus padres te han entregado á su cuidado, ha sido para que les obedezcas en todo; y así faltarias á la sumision que debes á aquellos si resistieses á la voluntad de los que hacen sus veces.

Todas estas razones deben darte á conocer cuán jus-